

En el cuarto año de Joiaquim (605) ocurrió una revolución nueva que cambió de un modo duradero la faz de Oriente. Un gran hombre de guerra apareció en la escena del mundo. Era Nabokodassar o, según la adaptación, Nabucodonosor, hijo de Nabopolasar, que, durante cerca de medio siglo, reproducía en Babilonia los milagros de fuerza que Salmanasar y los Asurbanipal habían realizado en Nínive. El castigo de Dios estaba dispuesto. Jehová es aficionado a la guerra; sus mejores días son los de batalla.

Nabopolasar, por las grandes luchas que sostenía para fundar su imperio, tuvo que soportar tres años la dominación de Nechao en Karlemis. En 606, el joven Nabucodonosor atacó al ejército egipcio y lo destruyó totalmente. El destino de Siria dependió esta vez, como siempre, de una sola batalla.

Impresionó mucho en Jerusalén la noticia de la batalla de Karkemis, después de la cual la marcha del resto del ejército egipcio hacia el Sur fue una derrota continua. Los jehovahístas en general eran más favorables a Asiria que a Egipto. Jeremías compuso, en alabanza de estos sucesos, varias proclamas, anunciando la muerte de Egipto.

A partir de este momento, el gigante sombrío de Jerusalén ha encontrado a su hombre. Nabucodonosor es para él un servidor de Dios, que realiza sus mandatos. Habla de él con cierto terror religioso. Empieza la teoría de «los azotes de Dios», tan grata a los padres de la Iglesia. Para aquel siniestro vidente, los destrozos causados por Nabucodonosor constituyen una perspectiva deliciosa. El Dios de Jeremías en aquel momento fue ciertamente la espada de Nabucodonosor, considerada como la espada de Jehová.

Serán aniquilados filisteos, tirios, sidonios, cipriotas, egipcios, medos, elamitas, moabitas, amonitas, edomitas, Hamath, Arpad y Damasco. Nabucodonosor, rey de Babel, ha decidido su ruina.

Es terrible el espantoso grito de alegría que proclama el profeta judío por el exterminio que pronto destruirá a pueblos pacíficos, entregados tranquilamente a su industria: más terrible aún la simpatía que el hombre de Dios siente por este Tamerlán que va a llevarlo todo a sangre y fuego. El ideal de Jeremías es el Jehová exterminador, con un Atila como perfecto ayudante. Le entusiasma Nabucodonosor porque con éste acaban las civilizaciones ciudadanas e industriales, odiadas por su instinto patriarcal. Lo que destruye le parece fuerte, y por lo tanto aprobado por Jehová.

Desde Kartemi se dirigió Nabucodonosor a Egipto por Celesiria, se-

gún el itinerario tradicional de las expediciones asirias. Iba lentamente, sometiendo las poblaciones que encontraba al paso. A medida que se acercaba a Judea, más se entusiasmaba Jeremías con el invasor. Creía que Nabucodonosor destituiría a Joiaquim y que esta crisis motivaría la matanza de todos los que se habían comprometido en la ocupación egipcia.

Jeremías hasta entonces no había escrito aún sus discursos. Creyó que reunidos en un volumen y relacionados con el terror de la invasión caldea, harían gran efecto, por lo cual dictó a Baruch, alto personaje de la corte, todas sus obras anteriores. Poco tiempo después, hubo una gran panegiria de todo el país de Jerusalén, para celebrar un ayuno. Los patios del templo rebosaban de gente. Jeremías anunció que iría, pero, a última hora, se fingió enfermo y envió en su lugar a Baruch para que leyera lo que le había dictado. El efecto de la lectura fue inmenso. Mikaiiah, al ver la emoción del pueblo, se fue al palacio real, donde estaban reunidos todos los ministros. Mikaiiah les contó lo sucedido, y entonces mandaron llamar a Baruch para que les repitiera la lectura. El espanto de los circunstantes fue grande. Parecía que el amargo profeta había concentrado adrede, en aquellas páginas, todo el daño que Jehová pensaba hacer a su pueblo. Los ministros aconsejaron a Baruch que se escondiese, y lo mismo le dijeron a Jeremías. En seguida dirigieron un informe al rey, que quiso conocer el libro causa de tantas emociones. Se celebró un nuevo consejo en la habitación de invierno del palacio. El rey estaba sentado junto a un brasero encendido y los ministros de pie delante de él. Apenas leídos tres o cuatro capítulos, el rey se encolerizó terriblemente. Cogió con una mano el volumen y con otra un cuchillo y destruyó las páginas, echándolas al fuego.

La mayoría le aconsejaron al rey que no hiciese esto, temerosos de las amenazas de Jehová, pero Joiaquim se mostró inflexible. Inmediatamente ordenó a Ierahmeel, a Seraiah y a Selemiah que prendieran a Jeremías y a Baruch. Éstos se escondieron tan perfectamente que las precauciones del rey fueron inútiles. Jeremías dictó de nuevo a Baruch las palabras que Joiaquim creía haber suprimido y les añadió nuevas amenazas más terribles. De nuevo anunció la voz celestial que Joiaquim no tendría sucesor, que su cuerpo sería arrojado fuera de la ciudad, expuesto al calor y al frío, que Jerusalén y Judá serían absolutamente destruidas.

Al aparecer la gran potencia militar asiria se exaltaron de gran manera las imaginaciones. Por entonces también el inspirado Habacuc dio proclamas similares a las de Jeremías, pero superiores en talento literario.

Con más justicia que Jeremías, se muestra Habacuc piadoso para las víctimas y encolerizado contra el invasor. Dios castigará luego a éste por ser más culpable. Jeremías no solía protestar contra la violencia triunfante. Habacuc nos consuela asegurándonos que no se sostendrán las fortalezas edificadas con el sudor del pueblo.

Habacuc fue un patriota; Jeremías, un fanático. Pero la historia recompensa únicamente a los exagerados. El escritor sensato cae en el olvido. El que gritó, el que nunca sacrificó un rasgo de odio al bien de la patria,

ha llegado a ser una de las piedras angulares del edificio religioso de la humanidad.